

Nelson Vallejo-Gómez
Secretario general de la Asociación para el Pensamiento complejo
1 rue de Cherbourg
75015 Paris

Paris, 13 de Julio de 2015

Cher Asbel LOPEZ
Radio France internationale
Paris

Usted ha tenido la amabilidad de convidarme a su emisión de radio, en vísperas de la fiesta nacional de Francia, para platicar sobre la pregunta *¿qué es ser francés?*

Le agradezco mucho su atención, pero un contratiempo impide mi presencia física en el estudio.

Si lo considera pertinente, le ruego comparta con los presentes la lectura de esta carta.

Compartir por escrito la búsqueda del tiempo perdido, su pensamiento y la ambición de lo universal, eso es ya, a su manera, algo muy francés, aunque Francia no tenga el monopolio.

Empezaré por decirle que, en abril 2012, por pedido de Edgar Morin, esboqué algunas aristas para responder a tan pretenciosa pregunta, pues el interrogante se ha vuelto un cruce de intrigas y discrepancias, en tiempos de crisis de identidad nacionalista, en vez de ser trama y urdimbre que de fuerza y confianza a la sociedad francesa.

Tal vez, aquellos que llevan "raza meridional", como decía Simón Bolívar en su famosa Carta de Jamaica, hablando de la futura raza americana, puedan aportarle a Francia una nueva trama mestiza, en lógica de confianza, que reúna, y no de intriga, que separe.

Mi texto-respuesta, a una pregunta que Francia como tal no me había hecho, pues no hago parte de los que silban el himno de un país en un estadio, ni tampoco de los que insultan la creencia religiosa de los otros, ni mucho menos de aquellos que traicionan el pasaporte traficando armas o poniendo bombas asesinas, se llamó "Lettre à France", y fue entonces publicado por Morin en el libro *Francia una y multicultural* (Ed. Fayard).

Dos citas, como antorchas para entrar en el camino oscuro, introducían esa misiva.

La una es del poeta franco-chino, François Chang: *“Tú, que nos remites a nuestro nombre / Enséñanos a ser Flores de olvido y Raíces de remembranza”*.

Hay, en este verso, las dos vertientes contradictorias, en ciertos casos irreductibles, en casi todos necesarias y complementarias, entre por un lado una nacionalidad francesa por asimilación y, por el otro, una nacionalidad de tipo integradora. Probablemente, en la dualidad combativa de esos dos extremos puede emerger una tercera figura, más responsable y solidaria: una nacionalidad-identidad por metamorfosis y dialógica entre tradiciones y modernidades, memorias individuales e historias colectivas. Pero se requiere entonces individuos con mentalidad global, capaces de asumir esa identidad y darle una dimensión de humanismo planetario.

En nuestra estructura mental y cultural, nazcamos donde nazcamos y vengamos de donde vengamos, algo se asimila y algo se integra, algo que uno cree perder o ganar, se metamorfosea en realidad. Esa es la dinámica creadora de la dimensión cultural, propia de la condición humana.

Y cada uno tiene la tarea ética, responsable y solidaria, de dar cuenta de lo que entiende por identidad.

Podemos postergar la tarea, alienarla y confiarla a otros -a un número de carta nacional de identidad, al relato populista de algún caudillo de paso, pero siempre volverá la pregunta, en los momentos críticos, alegres o tristes de nuestra existencia (un nacimiento, un matrimonio-patrimonio, una muerte), en la crisis de tejido jurídico subyacente a todo contrato o proyecto social, ahí, en donde la injusticia se ha convertido en mayoría. Entonces, como en las grandes revoluciones, hay que volver a barajar las cartas de los destinos individuales y colectivos.

La segunda citación es del escritor franco-ruso Roman Kacew, llamado Romain Gary: *“No tengo ni una gota de sangre francesa, Francia corre por mis venas”*.

Esta sentencia muestra que Francia es el ideal que, en una experiencia individual, transmuta la sangre de un colectivo cargado de historia, de ciencias, de artes y letras. Como cuando, y es en parte mi herencia, la Constituyente decide proponer la ciudadanía a todo aquel que asuma la defensa cotidiana de los valores republicanos, esos que ilustraban la parte humanista de la Revolución francesa.

Esta sentencia muestra también, en filigrana, las dos fuentes de lo que es, históricamente, ser francés: el Antiguo régimen por un lado y la Revolución francesa por el otro. La identidad por alcurnia o por mérito, por aristocracia o por democracia. Es decir, la nacionalidad por sangre y por sujeto de su Señor, o por ley, derecho y *res-publica*.

Hacer la pregunta ¿qué es ser francés? en vísperas de la Fiesta Nacional francesa, me permite responder que **yo, por mi parte, “no soy francés”, “soy ciudadano de la República francesa”**.

No quiero decir con ello que no asuma, de ser ineluctable, la condición nacionalista de la identidad francesa, simplemente reconozco que no levanto la bandera francesa como un estandarte colonialista o imperialista. Y menos todavía como si, alienado por cierta historia francesa, me creyera agente de guerra santa y miembro de no sé qué empresa liberadora de Santos sepulcros.

Para mí, ser *Ciudadano de la República francesa*, es mucho más que ser simplemente francés, es cualitativamente una voluntad creadora de relato y de cultura humanista, en el marco de la Declaración universal de los Derechos del Hombre; ser *Ciudadano de la República francesa* es, ante todo, un acto ético, responsable y solidario con un conjunto de principios y de valores que componen el tejido histórico, jurídico, filosófico, estético, político y cultural de la República francesa.

Tres palabras lo sintetizan de manera majestuosa desde el 14 de julio de 1789. Están escritas en el frontispicio de las Escuelas públicas: *Liberté, égalité, fraternité*. Un tesoro yace en ellas y su potencialidad subsistente de sentido y punto cardinal sigue intacta.

Ser sujeto activo, reflexivo y comprometido, en cada uno de mis actos públicos y de mis comentarios privados, con la relación subsistente y en rizoma, en archipiélago y en pensamiento complejo que une la triada Libertad, igualdad y fraternidad, eso es, para mí, ser francés o mejor, llevar por alto el orgullo de pasar las fronteras con un pasaporte francés, la satisfacción y la cordialidad de comportarme como un sujeto educado en los valores de la República francesa.

Así pues, llevo Francia en mí, como una herencia sin testamento. Pero, consciente de mi cesura planetaria, de mi condición irreductible de franco-hispano-americano, rio abajo, con mi esposa francesa y mis hijos nacidos en París, construyo poco a poco ese testamento, que en Francia, con Francia y desde Francia, se libera de los nacionalismos alienadores y excluyentes.

Porque es a ellos, a mis hijos, a quienes debo que esta relación con Francia sea subsistente, que sea un orgullo sin pretensión y sin soberbia: un don y un mensaje. Y que no sea sufrimiento y resentimiento individual o colectivo.

Ya se lo he dicho a Francia, a la única que me importa decirle si soy o no francés, cuando se le personaliza y se le da por hacer preguntas personales, se lo he escrito en palabras de confianza y de discreción, que rezan:

“Un día de invierno en París conocí a mi esposa, mi mujer visible. Ella iluminó mi vida por haberme dado tres hijos, los tres únicos. Todavía no te he dicho, querida Francia, que mi parte más francesa y más bella se encuentra en ellos, nacidos en París del vientre de una de tus hijas de sangre y tierra. Si se puede hablar de raíz francesa respecto a una corsa de sangre materna, o aún si se puede decir que esta “isla de belleza”, feroz y terrible, es una raíz francesa; y sin embargo, lo creen todas mis fibras físicas y espirituales. Tengo a Córcega por más francesa que tú misma, querida Francia, ya que, a mi juicio, la palabra que mejor te define y que ilumina tu mirada de auroras siempre posibles, es la palabra Libertad. Efectivamente, creo que la razón de ser de Córcega para su parte francesa, su esencia, su francidad, es precisamente la Liberté, en tanto va unida a la relación subsistente de constitucionalidad primitiva y al orgullo de ser uno mismo. Lo podemos leer sobre cada risotada del mar que rodea esa isla, muralla en medio del Mediterráneo contra todos los integristas y las tiranías.”

Muchas gracias por su amable atención, cher Asbel LOPEZ. /